

OTROS LIBROS DEL AUTOR
PUBLICADOS POR INSEPIA

Narrativa

EL DESTRAMAOJOS[#]
SOMBRAS DEL FIN DEL MUNDO^{*}

Teatro

SÓCRATES. AMANECER EN LA CAVERNA^{**}
TEATRO | LA TERCERA MÁSCARA. CARO REFUGIO
LABERINTOS

Ensayo

EL PROFESOR Y LOS ANILLOS. Sobre Tolkien,
la subcreación y otras hierbas[†]

Poesía

LOS OLVIDOS Y EL AMANTE MILENARIO | LA MORDIDA Y LA TINTA
NOCHES PORTEÑAS EN BABILONIA

[#]También disponible traducción en inglés

^{*}También disponible traducciones en inglés y portugués

^{**}También disponible traducciones en francés, italiano y portugués

[†]Libro de próxima aparición

ARIEL PYTRELL

EL DESTRAMAOJOS

 insēpia

©2016-2017 Ariel Pytrell
www.arielpytrell.com

Primera edición: 6 de junio de 2016
Cuarta edición: agosto de 2017
ISBN-13: 978-1533648297
ISBN-10: 1533648298
Derechos reservados sobre el texto
y las imágenes (portada e interiores)
Diseño de portada e interiores: AriTopet

Insepia Ediciones Originales
Buenos Aires, Argentina
www.arielpytrell.com | arielpytrell@gmail.com
Los nombres y personajes, así como las situaciones,
son de ficción. Cualquier parecido con la realidad
es mera coincidencia.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento,
alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier
forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante
fotocopias, digitalización u otros métodos sin el permiso previo
y escrito del autor : arielpytrell@gmail.com

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
La cita	11
El viaje de Ydha	19
Beltaine	29
La metamorfosis 2.0	35
Ocho	51
La tableta de la emoción	55
La prisión de Encleve	69
Destramaojos	75
Variaciones de <i>rendez-vous</i>	89
El mirador de la Señora Aragüen	101
Valpurgis	113
Informe sobre el <i>Notos</i>	117
Ábole	139
La soledad de los epígrafes	145

Para Andrea y Damián,
por haberme enseñado el
misterio de ser hermano

Prólogo

Es de imaginar que alguien lee estas letras combinadas pacientemente en el papel, aunque ignoremos de qué momento histórico sea ese lector.

Las narraciones de este libro son «ficciones» o, mejor, «visiones». Como quiera que se reconozcan, es posible comparar estos cuentos con obras pictóricas. Acaso se identifiquen los trazos de maestros tan dispares como El Bosco o Vermeer, incluso Velázquez o Dante Gabriel Rossetti. Habrá alguno que descubra el reflejo inspirador de Dalí, pero el maestro español representa demasiado el «freudismo» incipiente como para que el autor de estas ficciones se sienta satisfecho por completo con la comparación.

Las tramas de estas historias pueden relacionarse con otras urdidas por el autor. Alguna vez dejará de ser importante asignarles autoría a los relatos, para que estos cumplan el destino de ser leídos. Ojalá que las visiones puedan seguir transformando al autor hasta que desaparezca o se convierta en un punto del movimiento sobre la calle de algún siglo pasado o póstumo, o contemporáneo.

Ariel Pytrell

| La cita |

*Nadie me vio partir, lo sé
nadie me espera...*

GUSTAVO CERATI, *Cuando pase el temblor*

Quedé solo en este París donde me había refugiado desde hacía tantos marzos. La certeza de su mirada quedó en la mía, y no me pude recuperar de tanta presencia. Quedé solo, con una languidez que comenzaba a quemarme el estómago. Solo, con ese horizonte carmesí, tizado de azul profundo, en medio de habitantes que deambulaban como sombras ciudadanas.

El sol del atardecer resaltaba sus ojos verdes, en cuyos contornos ya asomaban las primeras arrugas, a pesar de sus casi cincuenta. «El tiempo es eso», murmuré. «El tiempo es nada». Sólo un beso, un beso de esos mismos labios que, segundos antes, habían pronunciado la despedida. Y Lucianne, porque de ella hablo, se fue caminando por la misma plaza en la que nos habíamos conocido. Vi alejarse su espalda en el crepúsculo. Sus pasos, como eco. Su mirada, su perfume, que siempre me recordó a no sé bien qué. Mi instinto de sacrílego me obligó a respirar profundamente y encaminarme

hasta el bar *Le Jardin d'Amilcar*, aquel que iluminaba esa misma plaza, ahora oscurecida por el crepúsculo y la espalda de ella.

Y entré en el bar.

Entré en ese bar con el recuerdo de la espalda de ella, de los labios, de los ojos de ella. Me senté a la mesita de madera. Mi cabeza continuaba turbada y el humo de cigarrillo no me dejaba ver bien. Quería una cerveza, pero la camarera atendía en el fondo. Tardé en darme cuenta de la música que se oía. «El Flaco» Spinetta. Eso llamó mi atención, pero volvió a ganarme la humareda del bar, la estridencia que horadaba mi oído. Todo me aturdí y me asaltaba.

El lugar estaba colmado de jóvenes. Ellas llevaban blusas con hombreras y unos pendientes enormes. Los muchachos, remeras que marcaban el cuerpo, dentro de los pantalones, y las mangas cortas, a su vez dobladas sobre los hombros, como un repulgo hecho con esmero. Consideré que era un bar de algún argentino en París, del tipo «retro», que recordaba la década de los años setenta u ochenta, probablemente de Buenos Aires, a juzgar por la música. Me sorprendió el arte y el detalle en la reproducción de la época, y fue inevitable la nostalgia del tiempo en el que, sin embargo, jamás me había permitido vivir. «El exilio es más una obsesión por el recuerdo —pensé, o creo que pensé, mientras observaba ese oleaje humano—, que una tentación por la supervivencia».

Quería cerveza. Aunque pasó a mi lado, la camarera no me vio. Entonces la llamé, un poco fastidiado por la espera. Con la mano, me respondió que tuviera paciencia. Busqué

algún anuncio del evento en las paredes rojas, pero sólo colgaban cuadros de Bowie, de Genesis, de Queen... Sentí un tirón muy patente en el estómago, un dolor casi disimulable.

En francés, la camarera preguntó si me sentía bien, y qué pediría. Ella se había apoyado en la silla, y yo recorrí con mis ojos la línea de los brazos hasta el rostro: su pelo, rizado y batido; sus párpados, pintados de un celeste claro; y su ojos, profundos y saltones, remarcados por una línea azul oscura. Respondí que me sentía bien, y le pedí mi cerveza. Cuando se alejó, observé el hueco que había formado su rastro en la humareda, a través del que vi a una joven que me miraba con curiosidad desde una mesa.

La reproducción de época me había sorprendido por lo exacto, pero me dejó atónito la similitud de los rasgos de Lucianne a los de aquella muchacha fisgona. Sus ojos reían, advertían mi desconcierto (*un inesperado dolor en los dedos de los pies, como si descargas eléctricas mordieran mis piernas*). Miré en derredor, los cuadros glamorosos se distorsionaban. El tema de Spinetta terminó. Volví la vista a la joven, que me hacía señas. ¿Pretendía que la siguiera? Todos alrededor comenzaron a bailar al ritmo de *Amor descartable*, de Virus. Sentí deseos de hablar (*la lengua amarraba mi voz, como una confusión de electricidad*). «El tiempo duele», me encontré pensando. «Pero el tiempo es eso, la nada extendida en la tela del espacio».

El dolor era parecido a la nostalgia de una tierra natal. Esa tierra madre que me había expulsado como una hembra enloquecida, una ménade sin tirso ni senos. De pronto,

me percibí como hijo de una jauría. No puedo explicarlo, era un sentimiento patente y remoto a la vez, pero sentí que no pertenecía ni aquí ni allí. Extraño (*mis manos ardían de dolor, como si la piel, la carne, los huesos se retorrieran por el desafío a la fuerza de gravedad*). Vi cómo esa muchacha, de la misma edad de Lucianne cuando nos conocimos, se retiraba de su mesa. La música era el eco de ese dolor originario, que ahora ocupaba mi horizonte mental, mis latidos, la densidad de mi sangre. Temí que ella se me escapara, entonces la seguí con la mirada. «La nada siente...».

Todo esto, en una fracción de segundo. Como pude, me levanté. Sin darme cuenta, con el hombro empujé a la camarera que venía con mi cerveza. Derramé espuma sobre mi camisa, mis pantalones, mis zapatos. Pedí disculpas de manera torpe, creo que la camarera me dijo algo. La muchacha que pretendía que la siguiera salió por la puerta de entrada (*otro relámpago intenso, esta vez entre las piernas*). La atmósfera, sofocante. Tomé aire y cargué mis pulmones como pude (*mis ingles empujaban hacia abajo, como si quisieran parir humo*). Comencé a caminar entre la humareda. Mientras salía, atropellé a los jóvenes que se movían con la música que, de cualquier manera, ya no podía distinguir a qué tiempo pertenecía. Mientras avanzaba, comenzó a brotar sangre de mi nariz, como si un río se volcara al abismo. Olfí el hierro de mi sangre, sentí su hervor, percibí cada uno de los latidos de venas y arterias basculantes en ese cuerpo mío que luchaba por salir, por moverse, por moverse, por moverse. Abrí la puerta. Y salí.

Era ya de noche. El aire fresco y límpido me estremeció. Aquella muchacha no estaba, como temía. Nadie había allí. Oí lejana una música. Me di cuenta de que la calle, que había creído pavimentada, ahora era de adoquines. *Le Jardin d'Amilcar* se había esfumado. Un dolor en el pecho. Giré la cabeza en el mismo momento en que oí la frenada. Los movimientos fueron rápidos, casi no me dieron tiempo.

El Ford Falcon verde casi me aplastó los pies. Cuatro tipos con anteojos ahumados. Cuatro garrotes, que golpearon mi estómago, mis brazos, mi nariz. Me colocaron con violencia una capucha en la cabeza, vedaron toda referencia de mundo. Me sentí prohibido, expulsado, extrañado. Me sentí amarrado a una noción, nada más que a una noción de mí mismo, remota y extraña, como si nunca hubiera existido. Pero una sola certeza impregnaba mi visión mental: unos ojos verdes como promesa que, sin embargo, comenzaba a echar de menos; un nombre que no sabía pronunciar todavía, una espalda de mujer, un beso (*un bar, una plaza, un atardecer carmesí*). Y creo recordar que me quejé. Me empujaron adentro del auto. Ese día me vieron por última vez en Buenos Aires, o creo que así se llamaba esa ciudad del sur de hace tantos marzos.

TODO ESTÁ POR SUCEDER



ES TIEMPO DE ACTUAR
LAS CAMPANAS ESTÁN SONANDO
SI LAS OYES, ACASO SEAS UN BINDALINÉ

Tuvieron que recordar las identidades anteriores, pero eso sólo fue el primer paso. Las nuevas generaciones ya están naciendo, los «dormidos» comienzan a despertar. Con el sonido de las Campanas, también llegan los Bindaliné en el final de ciclo, aunque muchos de ellos todavía ignoren que son «Mensajeros urbanos». El avance de las sombras es el siguiente paso para el éxito de sus trabajos. Ya llevan milenios...

www.amazon.com
WWW.ARIELPYTRELL.COM



Ariel Pytrell

es autor argentino de cuentos y novelas, dramaturgo y director teatral. Algunas de sus obras publicadas son:

(novelas)

Bindaline 1. Sombras del fin del mundo

(cuentos)

El portal de las hadas

Mitos y leyendas de los celtas

Antes del principio: mitos y leyendas que contaron los griegos

(poesía)

Los olvidos y el Amante Milenario | La mordida y la tinta

Noches porteñas en Babilonia

(teatro)

Laberintos

Sócrates. Amanecer en la caverna

Teatro | La tercera máscara. Caro refugio

(ensayos)

El profesor de los Anillos: sobre Tolkien,

la subcreación y otras hierbas

www.arielpytrell.com